



ABELARDO BUSTAMANTE

PASCHIN

—¿**Q**UE tal? ¿Qué dice la pintura moderna? Acabo de arrojar al Sena mi caja de pinturas.

Hablando de esta manera, Paschín, entró una tarde en mi taller de la calle d'Alesia, en el sombrío y cosmopolita barrio de Montparnasse.

—¿Tú, todavía pintas? Pues, yo, no vuelvo a pintar más en toda mi vida. No hay nada que hacer. Está todo hecho. Los europeos lo han realizado todo.

Paschín, había renovado ese día sus visitas al Louvre y a las exposiciones de la Seine y de la calle Bonaparte; y, como solía ocurrirle después de estas excursiones, volvía con un gran desaliento.

Aquella tarde de invierno parisién, inmensamente gris, había contribuido a aumentar sus inquietudes y su poco conformismo artístico, que hicieron de Paschín un espíritu vehemente, locuaz y torturado.

Todas las tardes acostumbábamos reunirnos para fumar y charlar, a comentar lo visto y lo oído en el día de la gran metrópolis. Estas reuniones terminaban siempre en amenas discusiones sobre su eterna y constante interrogación: el arte.

Esa interrogación en los labios de Paschín se transformaba en el ferviente anhelo de alcanzar la belleza y que tan misteriosos laberintos creó en el fondo de su espíritu sensible, proporcionándole, a ratos, la fe como la duda; sobre todo, cuando confrontaba sus sensatas ilusiones con las expresiones artísticas del viejo mundo.

—¿Qué voy a decir? Además, si no he de decir algo mejor o de distinta manera, ¿de qué sirve?

Estas reflexiones se las hacía a menudo. Su afán de superación era intenso. El no buscaba en los museos y exposiciones de París, como muchos artistas americanos, una cómoda

y simple receta o fórmula para fabricar cuadros o esculturas; él buscaba su lenguaje, el de su pueblo, el de su raza. No concebía la mediocridad, y ante su fantasma perdía toda quietud.

El genio europeo le parecía que lo humillaba demasiado, que no podría hacer nunca nada mejor. Entonces lo invadía un gran apocamiento, acongojándolo a tal punto, que toda su imaginación se concentraba en la idea de un renunciamiento artístico completo.

Tener un terrenito, una carretela y llevar al mercado los repollos, las zanahorias, las lindas legumbres de nuestra tierra; vivir la vida simple y primitiva de un labriego que se tuesta bajo el sol, es mejor que este arduo problema del arte, se decía siempre.

Doloroso para los americanos que pensábamos que el arte era inherente al hombre y que bastaba el deseo de decir algo para expresarlo. Por un lado, la vieja Europa experimentada que a todo se anticipa, hasta para valorizar las expresiones de los seres más apartados de la civilización; por otro, nuestra tierra desprovista de toda autoridad artística, y, por otra parte, la dignidad del artista, del hombre.

Encontrar su colocación, buscar su conducta, fueron siempre los motivos de su desconsuelo. Y, lo que para Paschín pudo ser en un tiempo un libre e instintivo deseo de pintar, ahora, frente al arte y a la vida moderna, era un problema de difícil solución. Su vida intensa, su profundo espíritu de observación y su clara inteligencia, no le permitían en arte soluciones simplistas. Relacionaba demasiadas cosas para conformarse fácilmente con pretenciosas imitaciones, con acomodados postizos e improvisados. Por eso, Europa, para Paschín, no fué un amable y festivo paseo, sino un centro de



Retrato

duras y amargas experiencias que en muchas ocasiones prefirió no haberla conocido.

Así, un día cualquiera, sin más preparativos que la compra de unos regalitos para sus niños, le vimos abandonar Europa para siempre, ya que cada día de permanencia en ella, era un día más de pesadumbre para su espíritu ansioso de liberación.

Renunciando a su beca, que entonces significaba una simpática suma proporcionada por el Estado, partió, quién sabe, si soñando en el porvenir...

* * *

Nuevamente en la tierra natal, asoleada, de brillantes primaveras y de largos veranos, le encontramos más sereno; y sus tres viajes a Europa ya no eran para él más que un recuerdo venerable.

Un muro para pintar un fresco, un edificio donde fundir una lámpara, forjar una verja o tallar un dintel, eran las últimas ambiciones del artista.

De este modo comprendía, ahora, los problemas del arte. Las elucubraciones puramente artísticas o puramente plásticas que le habían llevado, muchas veces, a la desesperación y al caos, comenzaban a convertirse en un hecho concreto, real y positivo. Paschín empezaba a enunciar entre nosotros la verdadera necesidad y lo eterno del arte.

No en vano, como un gran caminante, fué por todos los caminos, y a sus cuarenta y tantos años, a pesar de su aspecto de muchacho,

era un viejo cargado de experiencia, conocedor profundo del mundo y, aun más, de los hombres. El, bien podía señalar una ruta, pero nunca tomó esta actitud, mucho menos con caracteres visibles y ostentosos. Su vida entera y toda su obra fué una brújula que ha marcado entre nosotros, sin él quererlo, una dirección segura y provechosa, que ya ha rendido frutos verdaderos.

Paschín, fomentó e impulsó el desarrollo de las Artes Aplicadas en Chile. Como conocedor de todos los medios técnicos y oficios de la expresión formal se convirtió, poco a poco, en nuestro ambiente artístico, en el artífice de la nueva modalidad, que tan luego tendría serios cultores.

Demostró, por primera vez en Chile, que la encuadernación era un arte. Su cincel repujó los primeros metales y, por primera vez, las manos de un artista chileno hicieron del fierro un objeto viviente. También hizo los primeros grabados en linoleum. En los comienzos de su vida artística, gran parte de ella está dedicada a las ejecuciones de muebles tallados, entre los cuales existen verdaderas piezas de museo.

Enriquecer la materia, era su frase predilecta. En ella concretaba su sentido del arte y la función del artista.

Sintió la nostalgia de la Edad Media, aquel período del arte en el cual se juntaron artistas y artesanos: arquitectos, pintores, escultores, vidrieros, ceramistas y talladores, para dar forma y construir la gran obra de arte: la catedral gótica.



Paisaje de Sevilla

Parecía haberse refundido en él el espíritu de aquella magnífica época de arte. Practicó todos los oficios y con éxito. Todas las materias inertes: la cal, el fierro, la madera y la piedra adquirirían forma y vida en las manos hábiles de este artesano.

Fierros forjados, muebles, libros encuadernados, grabados, óleos, esculturas en piedra y ébano, constituyen su obra abundante y variada.

• • •

Su obra nunca alcanzó al gran público. No fué un artista de cartel, acaso, porque siempre fué modesto y sincero consigo mismo. No lo estimulaban ni le engañaban la bullanguería artificiosa de las réclames desmedidas. La incomprensión de una parte bien considerable del ambiente no estimaba arte a ciertos aspectos de su producción, por no ser pintura y escultura. Sin embargo, rara coincidencia, toda su labor está repartida en colecciones particulares de los pocos entendidos que existen entre nosotros y que gustan del arte de calidad.

Su obra está caracterizada con los perfiles inconfundibles de su fuerte temperamento, y, desde sus primeras expresiones existe una sola línea de voluntad que muy raras veces se aparta de su camino recorrido para hacer algunos pequeños e insignificantes coqueteos de modalidades modernas. El sentimiento decorativo y simbólico que anima a sus mani-

festaciones, está saturado de cierto misticismo o sentido religioso, que, claramente, definen su personalidad y el alto significado que otorgó a la vida y al arte.

Algunos retratos de su primera época de pintor, por el dibujo sencillo y la atmósfera artificial en que envuelve a los personajes, quienes viven en las telas desprovistos de toda afectación ornamental, como seres traídos de un mundo desconocido; por la simplicidad de sus armonías, son un valioso legado que



• Adán • (ébano).



Viejo Montmartre.

enriquecerán la historia de nuestra pintura. Varias «Maternidades» en fierro forjado y una «Crucifixión», otra bella página para el arte nacional, y algunas esculturas en ébano, son suficiente gloria para premiar los desvelos de un gran artista.

• • •

Paschín, como los grandes incomprendidos, sus mejores obras fueron también motivo de algunos pasajes amargos y pintorescos a la vez, tanto por la audacia de su concepción, como por la escasa comprensión y pobreza espiritual del ambiente.

Todavía recuerdo aquel notable «Adán», esculpido en ébano, aquella bella escultura que talló después de sus viajes por Europa; una de las mejores piezas escultóricas que se han realizado por mano de artista chileno.

Un «Adán», que el artista en su lirismo, en la vehemencia para alcanzar la suprema

expresión y dar a la obra un sentido de unidad, de total armonizado, de forma movida en el espacio; en su intenso afán de obtener la arquitectura de la forma más que la exaltación del detalle inútil y superfluo, olvidó que su Adán había resultado con sólo cuatro dedos en los pies. Esta escultura fué enviada al Salón Oficial de aquel tiempo y el jurado de Admisión, como era de suponerlo, con criterio académico naturalista, contó los dedos y lo rechazó, considerándolo una grave ofensa para la dignidad del Salón.

Ese día Paschín, a pesar de no extrañarle el juicio del Jurado, sufrió una nueva desilusión y en su ánimo estuvo repetir lo de la caja de pinturas. Pero esta vez, no iba a ser a las aguas del Mapocho donde arrojaría su tallado. De buenas ganas lo hubiera roto en la cabeza de más de un miembro del Jurado. El escultor se contuvo. Amaba demasiado su ébano, y con la serenidad que le caracterizaba, frente a estos hechos de incomprensión, cogió su Adán y se marchó. Esa mañana le vimos recorrer solitario toda la gran avenida del Parque Forestal, con la escultura bajo el brazo; quizás buscaba un sitio para su Adán, el que, como en la antigua y bíblica leyenda había sido expulsado por segunda vez del Paraíso...



Cofre (tallado en ébano).



Agua fuerte.

Con la conformidad y escepticismo que tuvo siempre para no exigir nada a este ambiente, que muchas veces le fué mezquino, quedó satisfecho, murmurando al oído del Adán: ese será tu destino...

Aquella escultura no era un retrato desnudo de un buen burgués, con cinco dedos, que se acaba de desvestir para echarse a una piscina o darse un baño turco, que era el concepto que tenían de la escultura los jurados de ese entonces; aquella escultura no era tampoco la imitación de un arte de cartel, sino era una forma de ébano inédita, un personaje mitológico nacido de la fantasía, un símbolo; era la creación, era el arte.

No obstante estas negaciones que abundaron en su vida de artista, tuvo distinciones oficiales: varias medallas que para él nada significaron y muy por el contrario, motivo para hacer algunos sabrosos chistes y despertar su buen humor. Obtuvo la pensión del Rey en España y dos veces fué enviado al extranjero por el Gobierno de Chile. Ultimamente ganó el primer premio de Artes Decorativas en el Salón de Verano de Viña del Mar.



Pintura al fresco.

En la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile, desempeñaba el cargo de Profesor Jefe del Taller de Artes de los Metales.

La vigorosa personalidad de este artista múltiple, tapizada de honrosos actos de profundo sentido humano, hace necesario un denso volumen para perfilar su completa fisonomía. En este simple bosquejo, apenas si hemos podido coger algún rasgo de su vida rica, intensa y generosa, la que totalmente, prodigó como un obsequio desinteresado a la cultura y a las artes de su tierra.

Hoy, que nos es posible seguirlo por todos los recodos tortuosos e interesantes de su camino,

nos es dable explicarnos muchos de sus extraños gestos. También el porqué de su actitud en aquel día obscuro de Invierno, cuando todavía en los árboles de la ribera no aparecía ni un pequeño retoño; y cuando las aguas verdosas del Sena envolvieron su caja de colores e ilusiones, no fué su fracaso el que quiso ocultar ese día en el lecho del río; sino un momento de rebeldía, un homenaje, tal vez, a los que aspiran a un gran ideal.

Marcos Bontá,
Profesor Jefe de Artes Gráficas
Escuela de Artes Aplicadas